

Antes de la lluvia

Escribe: HUMBERTO JARAMILLO ANGEL

— I —

—Animas benditas que llueva.

—Y que caiga agua como en el diluvio.

—Que no escampe en un mes.

—Este verano ha sido un castigo.

—Sí. Un castigo y una peste.

Conrado Vanegas, que conversaba con cuatro hombres llegados de las vecindades, muy temprano, a su casa, hizo una larga pausa como para que alguno de sus amigos pudiera hacer cualquier objeción a ese anhelo suyo de que no escampara, en sus tierras y en todos sus contornos, en todo un mes. Luego, cuando nadie dijo nada, Vanegas clamó de nuevo:

—Que no escampe en todo un mes.

Era, en realidad, muy temprano en el campo. Lo sería en todo el mundo. En la noche, una ardiente noche de vientos y sequías, Conrado casi no durmió nada. Oyó, desde su cama, soplar, con furia, el viento. Oyó llegar una ola tras otra ola. Golpeaban, todas, duro, contra las paredes, las puertas y el techo. Golpeaban contra los árboles secos del huerto. Se alejaban. Por unos instantes no se oían ruidos. La noche, entera, se quedaba quieta. Luego volvían rachas tras rachas. Un viento despedazado y fuerte. Silbante. Iba y venía. Se apagaba un poco. Se recrudecían las olas. Se escuchaba, con claridad, el caer de las hojas secas. Unas iban a dar contra las propias paredes de la casa. Otras volaban, seguro, hasta perderse, a lo lejos, en los potreros o en los rastros distantes. Vanegas tuvo que levantarse mucho antes del amanecer.

— II —

Como esta última noche, en “El Cedral” —la requemada tierra de Conrado Vanegas— se habían sucedido, desde mayo, infinidad de ardorosas noches de verano y sequías. Ya era agosto. Finalizaba agosto. En

julio, una tarde, Vanegas advirtió, en el firmamento, algunas manchas de nubes negras. Entonces pensó que iba a llover. Pero no llovió, sin embargo, aquel día. Ni el día siguiente. Terminó julio sin llover. A veces se formaban gruesos tafetanes de nubes. Bajaban, en lentos remolinos, casi hasta el propio nivel de las copas de los árboles. Jugaban, un poco, con las ramas secas. Pero no llovía. Apenas, al alba, de cuando en cuando, un ligero rocío o un leve viento llegado, acaso, de los cerros lejanos. Nada más. El sol, lo mismo que si se tratara de las llamas de un incendio, no dejaba planta, rama, hoja o tallo con vida. La sequía era total.

Conrado pensó, al iniciarse, en mayo, el tardío verano, que no habría de durar arriba de una o dos semanas. Otros años no había durado, en mayo, el tiempo veraniego. Tan solo unos días. Al cabo de breves ráfagas de viento, de calor o de sol, aparecían, en lo alto de las montañas, densas nubes negras. Retumbaba, de pronto, un trueno. Luego llovía. Una lluvia hermosa. Cantarina. Helada. Llena de música como los pinos del bosque en los largos crepúsculos de oro. En julio y en agosto cesaban las lluvias. Nacía el verano. Muy alegre. Vanegas jamás había tenido que quejarse ni de los prolongados inviernos ni de los interminables veranos. Todo era gradual. Ni mucho invierno ni mucho verano. Solamente lo necesario.

Ahora era distinto. Tres meses sin llover. Secos los ríos. Secos los arroyos. Secas las fuentes y secos, en su mayoría, todos los cultivos. Secos los potreros y los rastrojos. Seco el monte. Secas las colinas azules y seco, hasta la asfixia, el huerto de manzanos cultivado, en su tierra, por Conrado Vanegas.

Ya era tarde. Los cuatro hombres se despidieron de Vanegas. Antes de la despedida, uno de ellos dijo:

—Todo verano largo, como todo invierno largo, es un castigo.

Y Vanegas remató, con un gesto amargo, por su cuenta:

—Castigo, o no castigo, voy a quedar en la ruina.

Se marcharon los hombres. Vanegas, mirando hacia el alto cielo claro, seco y lejano pensó, para sí, con visible desconsuelo:

—Puede llover ahora. Puede no escampar, en verdad, durante todo un mes. Nada me gana. Todo está ya perdido.

Después, franqueando una puerta, se repitió:

—Todo está perdido. Malditasea.

— III —

Al día siguiente de la visita de los cuatro colindantes, Conrado, por la tarde, cuando cesó un poco el fuerte calor, resolvió salir como en otras ocasiones, a mirar los muchos estragos hechos en el huerto o en los potreros, por el larguísimo verano y la trágica sequía. El sol, en verdad,

había dejado casi de alumbrar. Pero aun no era noche total. Cantaban, no obstante, por allí entre las ramas secas, los grillos. Eran pocos, sin duda, los grillos que estaban en "El Cedral" con vida: los densos calores había hecho reventar de sed a cuanto insecto existía. Lo mismo a las ranas. No había en la tierra de Vanegas, quizás, ranas vivas.

Caminando ahora, por un senderillo lleno de polvo agrio, había visto varios cadáveres de ranas. No soportan las ranas un intenso día de sol.

—Son feas las ranas muertas.

Pensó mientras caminaba, lo anterior.

Todo muerto. Como las ranas y los grillos. Vanegas observaba, una a una, las manchas de pastales tostados por el sol. Veía, aquí y allá, helechos secos. Hojas secas. Espartos secos. Sietecueros secos. Yarumos secos y secos, hasta producir ira y pesadumbre al mismo tiempo, todos los manzanos del huerto, los robles del monte, los platanillanes de los rastrosjos o los borracheros que verdearon, en otras épocas, cerca a los extintos nacimientos de agua. Conrado, al contemplar la ruina de sus sembrados y de su predio, se repitió, como en un momento antes, al ver los cadáveres de las ranas, en el colmo del dolor y la angustia:

—Son feas las ranas muertas.

Entrada la noche regresó a su casa. Pronto hubo oscuridad completa. Lejos, en las distantes laderas de la margen opuesta a la colina en donde estaba ubicada la finca de Vanegas, se encendieron algunas luces nocturnas. Por la mañana, poco después de haberse levantado, Vanegas supo que en la casa de Manuel Toro velarían esa noche, el cadáver de Ignacio Aguirre, uno de los aserradores, muerto tras corta enfermedad producida a causa de haber bebido, por pura imprudencia, un jarro de limonada agria.

Vanegas, aun cuando fue invitado al velorio, no había querido asistir. Nunca gustó Conrado, tomar parte en velorios o asistir a parientes o amigos en agonía. En los años que llevaba de vivir en el campo, con el de Aguirre, contaba sin que hubiera concurrido a ninguno, cinco velorios campesinos. Una vez cuando murió Nicanor Castaño, Vanegas ayudó con dinero para comprar la caja, comprar las velas y pagar el entierro. Pero no fue al velorio. Se excusó entonces con una pueril ocurrencia:

—Mientras crepiten las velas, en un entierro o en un velorio, el ánima del pobre difunto no puede emprender su viaje a la eternidad.

No fue al velorio de Ignacio Aguirre. Habían sido amigos. Pero no tanto como para pasar toda una noche, de claro en claro, mirando consumirse las cuatro espermas que rodeaban al difunto.

Abrió una puerta. Encendió un fósforo. Busco la lámpara. Le prendió fuego. Instantes después ya estaba acostado. Y oía afuera, crecer las olas de viento.

Ya era tarde cuando Vanegas se levantó, fuera de su habitual costumbre de madrugar. Había dormido en efecto, mal. Unas pocas horas de sueño amargo, duro, sin el debido reposo que exigen las diarias fatigas. Acaso soñó algo. Acaso vio, durante el corto sueño, un río, un lago, una playa húmeda de mar, una fuente cristalina, un estanque o no adivinaba, a la postre, qué extraño nacimiento de agua. El suyo, tal vez, había sido un raro sueño o una rara pesadilla. ¿Soñarse en pleno verano, en plena sequía, con agua?

Abrió la puerta. Buscó ropa limpia. Se vistió, como en otros días, despacio. No tenía, por ahora, afán. Afuera en la finca, en las colinas, en los huertos, en los potreros y sobre la remota lejanía del páramo, Vanegas vio, al salir de su aposento, sol. Mucho sol. Y eso que no eran todavía las nueve de la mañana. Sin embargo, Vanegas al mirar el sol, regado en los patios, hubiera dicho que eran las doce del día. Quemaba, de verdad, el sol de la tierra seca de Conrado Vanegas.

—Otro largo día de sol. Y el verano que se prolonga. Y la lluvia que no apunta, todavía, por sitio alguno del reseco horizonte.

Pensó lo anterior. Sintió sed. Sintió también hambre. Pero no tenía, que se dijera, suficiente provisión de vinos y manjares: un hombre solo, viviendo solo en un campo, no necesita —se decía a menudo— grandes cantidades de víveres. Se pasa el día con una buena comida. Unos jugos. Unas galletas. O un tarro de carne enlatada. Además, Vanegas nunca había sido un empedernido gastrónomo.

Buscó algo para tomar. Luego, yendo en pos de los tarros de carne, abrió uno. Partió un buen pedazo. No quiso sentarse para comérselo. En seguida sirvió agua azucarada. Se tomó dos vasos. Sintió un delicioso descanso. Tenía en realidad sed. Se dijo:

—Cuando venga el invierno disfrutaré todas las mañanas de las delicias del agua. Entonces me vengaré de todo este tiempo de sequía.

Pasaron varias horas. Creció el sol. Creció el calor. Creció por todas partes la sequía. Una sequía áspera, asfixiante, de ruina y de muerte. El cielo, sin una nube, estaba azul. De un azul infinito, acribillado de lejanías, sordo para el alivio de los hombres, las bestias y la tierra.

—Tardará de seguro, se dijo mirando el cielo, en llegar el invierno.

Por unos instantes estuvo parado, frente al huerto, consumido de sol, sin saber, a punto fijo, hacia qué sitio de su finca iba a encaminarse. Pensó primero, en marcharse para los antiguos cultivos de maíz. Luego casi sin acertar a saber por qué, decidió irse hacia la parte orillera del bosque. Allá al menos, podía encontrar un poco de humedad. Sin pensarlo de nuevo, cerró la puerta, tomó un arma cualquiera y salió con rumbo al bosque lejano.

Por un camino serpenteante, abierto para el servicio del leñateo, Vanegas sin gastar en ello mucha prisa, empezó a subir hacia el monte. Miraba a veces hacia la casa que iba quedando atrás. Miraba hacia los

potreros, hacia los rastrojos, hacia el huerto o hacia el páramo remoto. Quemaba más que en las horas de la mañana, cuando se levantó el sol. Y no se descubría por lugar alguno una sombra, una nube o un lampo de futuras briznas. Nada. Sequía. Y sol. Y soledad. Y un hombre avanzando por un camino en busca de humedad, como un condenado a muerte.

Como era largo y pendiente el camino, Vanegas que no llevaba urgencia de llegar al bosque, descansó por varias ocasiones. Una de ellas la hizo sentándose en la dura cepa de un árbol. Desde allí tornó a mirar sus propiedades. Una lástima. El paisaje seco, como surgido de la esterilidad del desierto, era una viva imagen de las cosas muertas. Se diría mirándolo, que respiraba sed, cansancio y fatiga. Un paisaje desolado. Y el sol cayendo sobre la tierra, como sobre el esqueleto de un gigante o como sobre las ruinas de una ciudad devastada.

Al cabo llegó a la propia orilla del bosque. Encontró un pequeño sendero que se internaba bajo los árboles, silencioso y estrecho. Anduvo por allí, a la sombra, confiado y no sin dejar de experimentar al principio una leve alegría que le pareció por lo inesperada, de buen augurio. De pronto comenzó a soplar con fuerza un viento de robles, de alisos y de laureles. Vanegas pensando en lo que podía significar esa furia del viento, se dijo:

—Tras la violencia de estos vientos, vendrá de seguro la lluvia.

El viento siguió con mayor ímpetu azotando los árboles. Vanegas no se detuvo. Continuó caminando. En un segundo, antes de que pudiera ponerse a salvo, se desgajó vencido por la fuerza del viento, un pesado brazo de roble que vino a caer sobre Vanegas, quien al quedar aprisionado no pudo de ningún modo libertarse de su peso ni de su trágica ramazón.

Al principio durante muchos minutos, forcejeó en forma inútil por mover el brazo que lo tenía aprisionado. No pudo. Hizo con las manos y con los pies toda clase de esfuerzos. En vano. Todo en vano. Entre tanto, la tarde iba creciendo. La noche vendría, quizás muy pronto. Y él estaría bajo la rama, apretado contra la tierra esperando la muerte.

Por unos instantes Vanegas pudo ver que por sobre los cerros lejanos iba apuntando, como sin apuntar, un leve amago de lluvia. Lo vio crecer. Lo vio bajar lentamente por el filo de las colinas. Lo vio avanzar, despacio por sobre las cumbres remotas. Lo vio acercarse. Lo vio invadir, con lentitud, parte de sus predios. Lo vio crecer.

Pero cuando el agua —en total amago de lluvia— iba a caer, de lleno sobre sus tierras secas, ya no pudo más. Era casi de noche.

Un momento después ya Vanegas no pudo ver al fin la lluvia cercana. En un postrer esfuerzo cerró para siempre, antes de la lluvia, los ojos.